

zas tres veces superiores á las suyas, no podía en modo alguno conseguir victorias definitivas, á no ser que por parte de los aliados se cometieran faltas y precipitaciones imperdonables, y todo lo que no fueran victorias decisivas debía precipitar su fin, pues las pérdidas que las victorias parciales habían de traer consigo no podían ya ser reparadas, y en cambio toda pérdida que se evitara había de producir una disminución del peso que Prusia quería arrojar en la balanza, para conseguir la paz, cuando no era tan indispensable como entonces.

Dueño de unas posiciones defensivas muy fuertes por naturaleza, esperaba Blucher en Laon, el día 9 de marzo, el ataque principal de Napoleón, que dos días antes había conseguido feliz éxito en un ataque previo que con extraordinarias pérdidas había dirigido contra la meseta de Craonne. El centro de las posiciones de Blucher era la misma ciudad de Laon, situada sobre una montaña abrupta y defendida en su lado Sudeste por un vasto pantano. Napoleón debía atacar por el lado izquierdo de este pantano mientras Marmont atacaba por el derecho, no siendo posible entre los dos caudillos comunicación alguna. Protegido por una densa niebla, penetró Napoleón en la mañana del 9 de marzo en las aldeas de Ardon y Semilly, situadas al pié de la montaña en que se alza la ciudad de Laon; pero poco tiempo después fueron arrojados de ellas los franceses por los prusianos de Bulow. Durante todo aquel día se combatió, aunque sin gran energía, por dichas aldeas y por las de Clacy y Leully, pero por la tarde ocurrió un sangriento hecho de armas en el ala izquierda, donde el general York cayó sobre el cuerpo de Marmont dispersándolo por completo (1). Los restos de este cuerpo, después de haber abandonado toda su artillería (46 cañones) y dejado 2,500 prisioneros, huyeron al otro lado del Aisne. York, con gran sentimiento suyo, no

pudo explotar eficazmente tan brillante victoria porque además de que se había adoptado ya el sistema de no poner nada mas en juego, Blucher se vió atacado de una grave enfermedad de los ojos que puso término á todos los planes de ataque (2). Durante la mañana del día 10, todavía se luchó por espacio de algunas horas con gran encarnizamiento en Clacy y en Semilly: Napoleón vió que no podía apoderarse de Laon, ni atraer fuera de ella ni arrojar de ella á Blucher, y en su consecuencia se retiró el día 11, sin ser perseguido, hácia Soissons, se dirigió á Reims por Fismes, y siguiendo la dirección Sur del Aisne, sorprendió allí el día 12 y aniquiló al cuerpo de ejército del conde Saint-Priest, que había llegado al Garn bien ajeno á todo cuidado respecto de la proximidad del emperador. Desde Reims escribió éste, el día 14, á su ministro de policía en París, Savary, duque de Rovigo: «Nada me escribís de lo que en París ocurre. Se habla de un manifiesto, de una regencia y de mil otras tonterías insípidas y de mal gusto. Estas gentes no saben que yo corto el nudo gordiano como Alejandro. Sabed que hoy soy el mismo que era en Wagram y en Austerlitz y que no tolero ninguna intriga dentro del Estado. — No quiero tribunos populares. No se olvide que el tribuno mas grande soy yo: el pueblo siempre hará lo que más convenga á sus verdaderos intereses (3)».

Diez días después de la batalla de Laon midió Napoleón por última vez, en Arcis-sur-Aube, sus fuerzas con el ejército principal: durante aquel lapso de tiempo, en los consejos que celebraban los aliados se había hablado de la causa de la antigua monarquía, y la acogida que se dispuso á este asunto decidió la caída política del imperio aun antes de que éste terminara su lucha de vida ó muerte en el campo de batalla.

## LIBRO QUINTO

### GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA (\*)

#### CAPITULO PRIMERO

##### PERFIDIA DE NAPOLEON. — LEVANTAMIENTO. DERROTAS DE LOS FRANCESES

Apenas hecha la paz de Presburgo (1805) comenzaron á manifestarse las miras de Napoleón sobre España, exigiendo que una división de tropas españolas pasara á Toscana á reemplazar á las francesas que la guarnecían. En mayo de 1806 reclamó del gobierno español 20 millones de francos, y el comisionado de Godoy en París, D. Eugenio Izquierdo, se los facilitó con aprobación del favorito, mediante promesas vagas del emperador francés que éste, como de costumbre, jamás pensó en cumplir. A los propósitos de Napoleón

con cabezas de columnas y con guardias nacionales para hacer frente á fuerzas tres veces mas numerosas: en fin, somos demasiado pobres para jugar en grande y podremos darnos por muy satisfechos si conseguimos llevar al enemigo al Rhin y firmar allí la paz.»

(1) Droysen: *York*, tomo III, pág. 350.

aprovecharon grandemente las disensiones de la familia real española. La corte estaba dividida en dos bandos: el de Godoy, primer ministro, favorito del rey y amante de la reina, y

(2) Nostitz: *Diario*, pág. 120.

(3) Thiers, tomo XVII, págs. 502-503.

(\*) El director de la traducción española de esta obra cree que en una *Historia del Consulado y del Imperio* no puede menos de tener cabida, y aun de ocupar un lugar importante, la narración de la guerra de la independencia española, por lo mismo que fué la España la que dió á toda la Europa el impulso y el ejemplo del levantamiento contra el tirano comun. Las diferencias entre la guerra de la independencia española y la guerra de liberación de los pueblos europeos son muy notables. La guerra de la independencia española comenzó cuando la España y toda la Europa yacía á las plantas de Napoleón; cuando su voluntad y aun su capricho eran leyes en todo el continente; cuando daba y quitaba tronos á su antojo, desmembraba pueblos y reformaba á su talante el mapa europeo. La guerra de liberación, ó sea el levantamiento de los pueblos del centro de Europa desde el Rhin hasta el Neva, no comenzó sino después del desastre del grande ejército napoleónico en la campaña de Rusia. Los españoles se alzaron contra la tiranía cuando estaba en toda su gloria y en todo su poder; los demás pueblos cuan-

el del príncipe de Asturias Don Fernando, hombre de carácter bajo y miserable, pero muy querido y popular entonces porque se le suponía víctima del aborrecido favorito. El embajador francés, Beauharnais, atizaba la discordia, y entretanto Napoleón pedía nuevos refuerzos de tropas, que le eran concedidos. Después de la paz de Tilsit, en julio de 1807, asegurado Napoleón por la parte de Rusia, quiso activar sus planes respecto de España; reunió en Bayona un ejército de 25,000 hombres á las órdenes de Junot y en 27 de octubre del mismo año pactó con D. Eugenio Izquierdo, en Fontainebleau, un tratado de catorce artículos con un convenio anejo de otros siete, en virtud de los cuales Francia y España se repartían el Portugal, dándose la provincia de Entre-Duero y Miño al rey de Etruria, marido de la hija de Carlos IV, que renunciaría á este reino en favor de Napoleón; los Algarbes y el Alentejo á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarbes, y quedando las provincias de Tras-os-Montes y Extremadura portuguesa en secuestro hasta la paz general para cambiarlas por Gibraltar ó por alguna colonia de las conquistadas por los ingleses. Al mismo tiempo se establecía que 25,000 infantes y tres mil caballos franceses entrarían en España y, reuniéndose con 8,000 infantes y tres mil caballos españoles, marcharían sobre Lisboa, mientras que diez mil españoles tomaran posesión del territorio de Entre-Duero y Miño y otros seis mil del de Alentejo y los Algarbes. Además se reuniría en Bayona otro cuerpo de cuarenta mil hombres que pasaría por España dirigiéndose á Portugal.

El objeto verdadero de estos pactos por parte de Napoleón era la conquista de toda la Península, alejando de España su ejército, ocupando con franceses sus plazas fuertes y arrojando después la máscara en la ocasión oportuna. En estas circunstancias ocurrió la prisión de D. Fernando en el Escorial, decretada y llevada á cabo por su mismo padre, el cual en 30 de octubre de 1807 publicó un decreto declarando ante la nación que su hijo le había querido destronar y aun atentar contra la vida de la reina. Después escribió una carta á Napoleón dándole cuenta de lo que había pasado y pidiéndole consejo, carta que todos atribuyeron á sugestiones de Godoy.

Una vez preso Fernando, en el mismo día pidió una audiencia á su madre, la cual envió en su lugar al ministro de Gracia y Justicia, Caballero, y ante él declaró el príncipe que había dirigido una carta el 11 de octubre al emperador francés pidiéndole la mano de una princesa de su familia y prometiéndole no casarse sin su expreso consentimiento. Al propio tiempo delató al duque del Infantado, á su preceptor Escoiquiz y á todos los amigos que le habían aconsejado para el destronamiento de su padre. Esta carta, que debía haber sido la perdición de Fernando, fué su salvación, pues al saber que Napoleón andaba mezclado en el asunto, todos se asustaron y Godoy resolvió echar tierra al comenzado proceso. Con este propósito visitó á Fernando y le prometió arreglar el asunto con tal que escribiera dos cartas, una á su

do esta gloria había empezado á empañarse y para el poder había llegado la época de su decadencia. Los españoles se levantaron teniendo una corte corrompida, una familia real en disidencia, un rey prisionero, débil é indigno, unos ministros imbéciles ó vendidos al extranjero. Los demás pueblos se levantaron teniendo á la cabeza sus soberanos, bajo la dirección de éstos y siguiendo los planes de hombres como los diplomáticos Metternich, Nesselrode y Hardenberg y como los generales Blucher, York y Schwarzenberg.

Como el autor alemán se ha detenido muy poco en la narración de los sucesos de España, conviene, por las razones dichas, hacer una reseña de estos sucesos, y á ella destinamos el presente libro á fin de completar la obra, que de otro modo, á nuestro juicio, quedaría incompleta.

padre y otra á su madre, cuyo borrador le llevaba. Fernando las copió y firmó, y la dirigida al padre decía así:

«Papá mio: He delinquido; he faltado á vuestra majestad como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á vuestra majestad la obediencia mas humilde. Nada debía hacer sin noticia de vuestra majestad; pero fui sorprendido. He delatado á los culpables y pido á vuestra majestad me perdone por haberle mentido la otra noche. Permítame besar sus reales piés á su reconocido hijo: FERNANDO. — San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807.»

La carta dirigida á su madre estaba concebida en términos análogos. El rey perdonó á su hijo y el ministro Caballero hizo descartar de la causa todo lo que podía comprometer á Fernando y al embajador francés.

Napoleón entonces apresuró la marcha de Junot, que estaba en Salamanca, y sin previo tratado ni permiso hizo atravesar el Pirineo á Dupont con 24,000 infantes y 3,500 caballos, el cual estableció su cuartel general en Valladolid, donde los franceses comenzaron á mostrarse insolentes como si estuvieran ya en país conquistado. En los primeros días de enero otro ejército francés de fuerza igual á los anteriores y mandado por Moncey entró en España, y en primero de febrero, Junot, que había llegado á Lisboa, publicó una proclama diciendo que la casa de Braganza había dejado de reinar y que Napoleón quería que todo el Portugal fuese gobernado y administrado por el general en jefe de su ejército. Así se cumplía el tratado de Fontainebleau que Godoy, tan ambicioso como estúpidamente, había concertado. Entretanto otros generales franceses con tropas numerosas entraron por Roncesvalles y por Cataluña y so capa de amistad, valiéndose de miserables ardid y perfidias, ocuparon la ciudadela de Pamplona, la de Barcelona y el castillo de Montjuich. Por orden de Godoy fueron también cedidas á los franceses las plazas de San Sebastian y otras; de manera que en marzo de 1808 la situación de España era la siguiente: su hacienda estaba arruinada por la mala administración y por los subsidios y exacciones en provecho del gobierno francés; no tenía apenas ejército, porque una parte de las tropas estaban en el Norte con las de Napoleón y otras en Portugal; y al mismo tiempo su territorio y sus plazas fuertes estaban ocupadas por los ejércitos franceses. En estas circunstancias favoreció los planes de Napoleón el destronamiento de Carlos IV por su hijo Fernando. Godoy, empezando á sospechar de Napoleón y viéndose burlado en sus esperanzas, dió á la familia real el consejo de marchar á Andalucía y en caso necesario imitar la conducta del regente de Portugal embarcándose para América á fin de no caer en manos de Napoleón. Hicieron-se los preparativos de viaje; pero Fernando no quería marchar y el plan del favorito se estrelló contra una sublevación popular. Las turbas acometieron en Aranjuez el palacio de Godoy y lo saquearon en la noche del 17 de marzo, y al día siguiente el rey dió un decreto exonerando al favorito de todos sus cargos. En la mañana del 19 Godoy, al salir del sitio donde había estado oculto, fué conocido y preso; los reyes acudieron á su hijo Fernando para que le salvara del furor de la muchedumbre, y en efecto, Fernando la calmó con su presencia y entrando en el cuartel, donde los guardias habían encerrado á Godoy, le dijo: «Te perdono la vida.» Godoy tuvo entonces ánimo para preguntar al príncipe si era ya rey, á lo cual contestó Fernando: «Todavía no, pero luego lo seré.» En efecto, aquella noche abdicó Carlos IV en su hijo Fernando en presencia de todos los ministros, si bien dos días después, ó sea el 21, dirigió una carta á Napoleón protestando contra su abdicación y diciendo que había sido forzada.

El 24 de marzo entró Fernando VII en Madrid en medio

de las mayores demostraciones de alegría popular. El general francés Murat, que había llegado con sus tropas á esta capital, procuró recordar su presencia haciéndolas maniobrar en la carrera por donde el rey debía pasar. Desagradó al pueblo órden tan inoportuna y subió de punto la indignación cuando se vió que Murat, disgustado del alojamiento que se le había dado en el Retiro, se trasladó sin pedir licencia á nadie á la casa que había sido de Godoy y que actualmente ocupa el ministerio de Marina. Murat y el embajador francés mostraban gran desvío hácia el nuevo rey, lo cual nada tenía de extraño, pues Napoleón el 26 de marzo escribía á su hermano Luis diciéndole que tenía cien mil hombres en España y había resuelto colocar en el trono español á un príncipe



Murat

francés, por lo cual le invitaba á que le dijese categóricamente si aceptaba ó no esta corona. Luis no quiso aceptar, y Napoleón, siguiendo en su idea, se fijó despues en su hermano José, á quien había colocado en Nápoles.

En estas circunstancias, fué enviado á España como agente de Napoleón el general Savary, el cual siguiendo las instrucciones de su amo y habiendo esparcido previamente el rumor de que el emperador francés pensaba hacer una visita á su aliado y protegido el rey de España, aconsejó á Fernando que para captarse la voluntad de tan poderoso monarca saliese á la frontera, respondiendo con su cabeza de que tan luego como se vieran los dos altos personajes, Napoleón reconocería á Fernando como rey de España. Con esto logró que Fernando dispusiera el viaje; y con iguales ardidés, engaños é intimidaciones se hizo salir de España para Bayona á toda la familia real. Por supuesto Fernando no encontró en la frontera á Napoleón; y aunque la población de Vitoria quiso impedirle que continuara el viaje y aunque se le propusieron varios proyectos de evasión, cruzó la frontera y se entregó en manos del que había resuelto destronarle.

En Bayona Napoleón dió una comida á Carlos IV, María

Luisa y Godoy; y allí llamaron á Fernando y le obligaron á renunciar la corona en su padre, el cual ya el día antes la había renunciado en favor de Napoleón. Quedaban los derechos de Fernando como príncipe de Asturias y los que pudieran alegar los demás individuos de la familia real; pero Napoleón convidó otra vez á comer al príncipe y por la noche, cuando éste se había retirado á su posada, recibió la visita del general Savary, aquel que había respondido con su cabeza de la conducta de Napoleón.

El general Savary estaba encargado de parte de su amo de obtener de Fernando y de sus parientes la renuncia de todos sus derechos eventuales al trono, renuncia que al fin hicieron todos menos el infante Don Francisco, que sin duda por su menor edad no fué tomado en cuenta.

Entre la primera y la segunda renuncia de Fernando, había llegado á Bayona la noticia de lo acaecido en Madrid el día 2 de mayo, principio del levantamiento general de España. Desde por la mañana grupos numerosos de hombres y mujeres llenaban la plaza de Palacio, de donde debían salir los infantes para Bayona. Un ayudante de Murat llegó en aquel momento para apresurar la partida, y al grito de una mujer anciana que exclamó: «¡Válgame Dios que se llevan á Francia todas las personas reales!» la multitud se lanzó sobre aquel oficial y le hubiera hecho pedazos si no le hubiese protegido otro de guardias valonas y no se hubiera presentado á tiempo una patrulla francesa. Murat, que vivía cerca, envió un batallón con dos piezas de artillería para contener al pueblo, y el modo que aquella tropa tuvo de contenerlo fué hacer una descarga sin previa intimación contra la descuidada é inermes muchedumbre, la cual se dispersó por toda la población excitando á la venganza contra sus asesinos. Inmediatamente la gente del pueblo se lanzó á las calles, los unos armados de escopetas y carabinas, los otros de espadas, chuzos, navajas, puñales y cuantos instrumentos ofensivos pudieron haber á las manos, y arrojándose sobre cuantos franceses encontraron hicieron en ellos grande estrago. No le costó gran trabajo á Murat arrollar á la muchedumbre. Sus tropas, que tenían ya de antemano posiciones estratégicas, penetraron por los diferentes extremos de la capital hasta el centro, en tanto que la guardia imperial acuchillaba á los grupos y que los lanceros polacos y los mamelucos, que se señalaron por su crueldad, forzaban las casas de donde les habían hecho fuego ó suponían por ser ricas que se les había hecho, las saqueaban y degollaban á sus habitantes.

Dominado de este sangriento modo el movimiento popular, en el cual no tomó parte ninguna tropa española, á excepción de los oficiales de artillería Daoiz y Velarde, que murieron heroica y gloriosamente defendiendo el parque, dispuso Murat impedir con un terrible escarmiento que se reprodujese el alboroto y dió un bando modelo de insolente y despótica crueldad, ordenando, entre otras cosas, el fusilamiento de todo español que fuese encontrado con armas de cualquiera clase que fueran. En virtud de este bando, en la mañana del 3 fueron fusilados en el Prado y en otros puntos centenares de infelices inocentes: empleados que iban á sus oficinas y llevaban en el bolsillo algun cortaplumas, calificado por los franceses de arma ofensiva; arrieros que venían de los pueblos y traían en los sombreros atravesada la aguja de coser las jalmas de sus caballerías; personas pacíficas en cuyas casas se encontraba alguna pistola enmohecida ó algun sable antiguo, etc., etc.

Pero el grito dado en Madrid y la inhumanidad con que había sido reprimido resonaron inmediatamente en todos los pueblos de España. En Oviedo el día 9 se hizo el levantamiento apoderándose el pueblo de la casa de armas, donde había 100,000 fusiles; los estudiantes de la universidad fue-

ron de los primeros á armarse; las tropas de la guarnición fraternizaron con el pueblo; las autoridades se pusieron á la cabeza del movimiento y declararon solemnemente la guerra á Napoleón. Formóse una junta de gobierno y defensa, la cual tomó sus disposiciones para organizar un ejército y envió dos comisionados á Londres para pedir la alianza y el auxilio de Inglaterra.

Estando en Londres estos enviados, donde habían obtenido promesas de socorro, llegó el comisionado de Galicia. El 30 de mayo se había levantado esta región á ejemplo de Asturias, y se había formado otro ejército, agregándose á los veteranos los voluntarios, entre ellos el batallón literario, compuesto de estudiantes de Santiago. Este ejército, que pronto llegó á componerse de 40,000 hombres, fué puesto á las órdenes del entendido general D. Joaquín Blake.

En 26 del propio mes de mayo se sublevó Santander; luego siguió el movimiento la tierra llana de Castilla y Leon, aunque mas expuesta á la venganza del enemigo; Logroño, Leon, Avila, Valladolid, Salamanca, Zamora, Ciudad-Rodrigo, Segovia, suministraron armas, municiones y regimientos. En junio se acercó á Segovia, sublevada, el general francés Frere. Mal fortificada la ciudad no tuvo dificultad en entrarla; pero los alumnos del colegio de artillería y los oficiales se salvaron y se incorporaron á los ejércitos españoles. Leon y Valladolid se fortificaron con mayores medios. Era allí capitán general D. Gregorio de la Cuesta, veterano adusto, valiente, duro, que aunque enemigo de los franceses y deseando hacerles la guerra, no quería hacérsela con paisanos. El pueblo, sin embargo, le obligó á ponerse al frente del movimiento.

En el mismo mes de mayo se propagó la insurrección á toda la Andalucía. En Cádiz se intimó la rendición á la escuadra francesa, la cual, despues de dos días de fuego, tuvo que rendirse. Granada, despues de declarar solemnemente la guerra á Napoleón, llamó al teniente general D. Teodoro Reding, gobernador militar de Málaga, y le dió el mando de las fuerzas que dispuso armar. Antes de terminar el mes se sublevaron igualmente Murcia, Badajoz, Valencia, Cataluña, Navarra y Aragon.

Al mismo tiempo las tropas españolas que estaban en Portugal decidieron volver á España y unirse á sus compañeros de armas en defensa de la patria, y otro tanto resolvieron las que se hallaban en Dinamarca á las órdenes del general francés Bernadotte. Las que estaban en Oporto hicieron prisioneros al general francés Quesnel y á los suyos y tomaron con ellos la vuelta de Galicia. Entonces se levantaron tambien contra los franceses las provincias de Tras-os-Montes y del Algarbe. Las tropas que estaban en el Norte tardaron, naturalmente, mas en venir; pero al fin se apoderaron de un punto de la costa y allí se embarcaron en buques ingleses, pasando á Suecia y viniendo despues á Santander á las órdenes del marqués de la Romana.

Entretanto Napoleón, habiendo arrojado la máscara, convocó un simulacro de cortes españolas en Bayona, dictó á los allí reunidos el 15 de junio una constitución y les hizo jurar por rey á su hermano José, el cual por aquellos dias llegó á la ciudad francesa y de bueno ó mal grado tuvo que aceptar el puesto en que le colocaba su hermano, á quien Fernando VII desde Valencey, donde le tenían recluido, felicitó por su gran generosidad y desprendimiento.

José salió de Bayona para Madrid el 9 de julio: llegó el 20 y poco despues escribía á su hermano: «No me asusta mi posición, pero es única en la historia; no tengo aquí un solo partidario;» y el 24 le añadía, entre otras cosas: «Los hombres honrados no me son mas afectos que los pícaros... Estais en un error: vuestra gloria se hundirá en España.»

REVOLUCION FRANCESA

En estas circunstancias comenzó la lucha colosal entre el dominador feroz de Europa y una nación abandonada de sus monarcas, teniendo en su seno los numerosos ejércitos del conquistador y obligada á crearse por sí una administración, una hacienda y nuevos ejércitos.

Los primeros combates fueron desgraciados para las armas españolas. En Cabezon, á dos leguas de Valladolid, fué derrotado el general Cuesta, y despues en Rioseco lo fué el general Blake, que había bajado desde Galicia. Sin embargo, en Cataluña quedó abatido en el Bruch el orgullo francés, y en Gerona los primeros ataques del general francés Duhesme, que mandaba en Barcelona, fueron rechazados con gran pérdida del enemigo, teniendo que volverse el francés á



José Bonaparte

aquella capital perseguido como perro con maza por los somatenes.

Mucha peor suerte tuvo el general Dupont en Andalucía. Dupont que estaba en Toledo, recibió órden de dirigirse á Cádiz; tomó en efecto el camino de Andalucía y despues de derrotar á los tercios españoles que se le opusieron en el puente de Alcolea, entró en Córdoba y entregó esta ciudad al mas horroroso saqueo y á las violencias mas escandalosas. No tardó, sin embargo, en recibir su merecido. Acosado por el paisanaje, se retiró á Andújar, y mientras tanto los españoles, bajo el mando superior del general Castaños, dispusieron su ejército en tres divisiones: la primera á las órdenes de Reding con la gente de Granada; la segunda á las del marqués de Compigny y la tercera á las de don Félix Jones y don Manuel de la Peña: en todo 25,000 infantes y 2,000 caballos. Una fuerza de mil hombres que conducía don Juan de la Cruz y pequeños destacamentos de gente allegadiza estaban á las órdenes de don Pedro Valdecañas. Los españoles desde 1.º de julio se extendieron por el Carpio y orilla izquierda del Guadalquivir; y el 11 los generales celebraron en Porcuna un consejo en el cual resolvieron atacar al enemigo y concertaron el plan de ataque. Re-